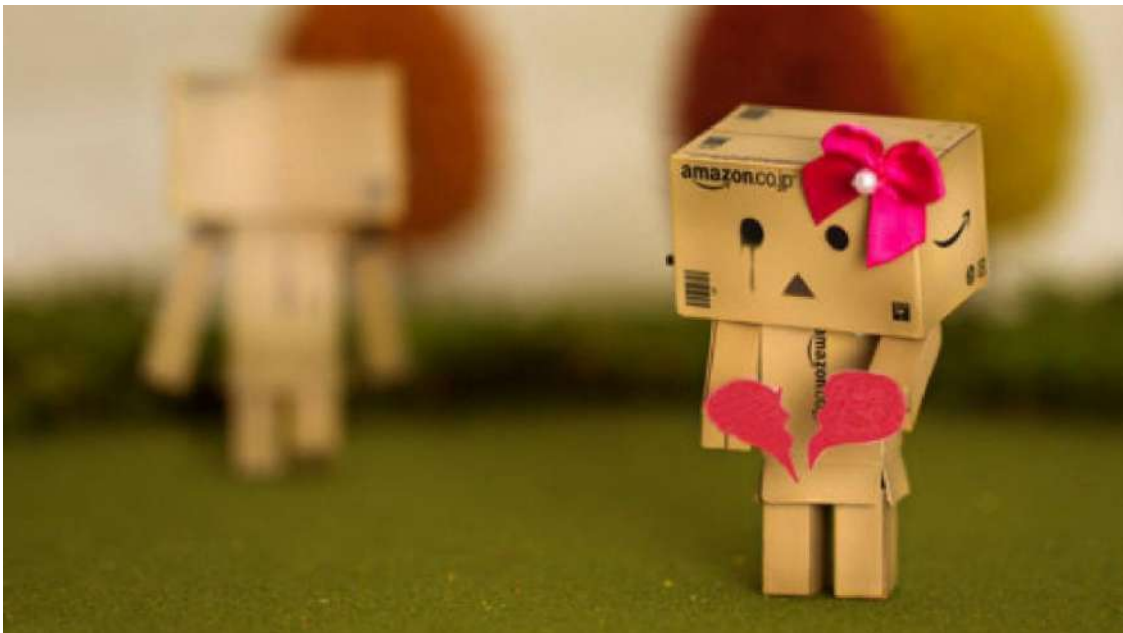


Jesús Piña

*Ofrecerte soluciones
Para mejorar tu vida*

Traición, Venganza y Perdón



-Una iniciación a la vida-

Jesús Piña

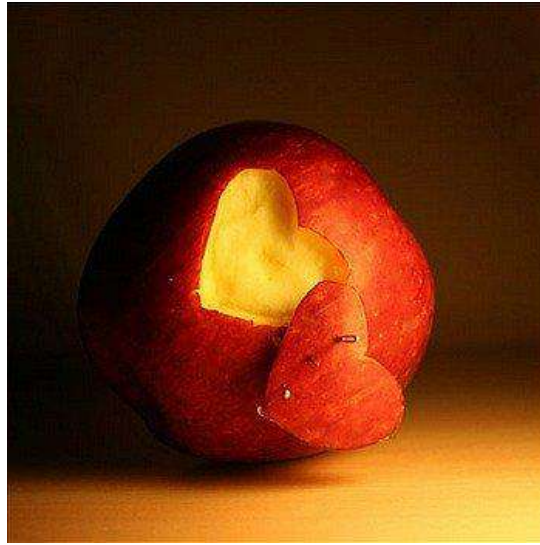
Encuéntrame en:

[Facebook](#)

[Youtube](#)

[Instagram](#)

[Twitter](#)



Este artículo ha llegado a ti de modo gratuito.

A mí me lo dieron, yo te lo doy.

Mi sugerencia es que hagas tú lo mismo.

Pues ley básica de la abundancia es que:

Al dar, recibes.

¡Que lo disfrutes!

¡Eres luz para el mundo!

Jesús Piña
Ciudad de México

Traición, venganza y perdón: Una iniciación a la vida

Autor: Ben Fuchs



Cuando empecé a hablar y escribir acerca de la psicología de la traición y la venganza, me encontré con reacciones que iban desde el aprecio hasta la hostilidad. Estos temas aparentemente tocan nervios muy sensibles en mucha gente. Lo que me ha llamado la atención es que la mayoría de las veces las reacciones más fuertes provienen de personas que tienen ideales muy elevados de sí mismas, de sus organizaciones y del mundo. Aunque no me opongo a que se tengan ideales altos, a menudo me percato de que hay una separación entre estos ideales y la realidad (entre un ser ideal y un ser real). Observar esta incongruencia en uno mismo fácilmente puede llevar a la autocrítica, mientras que, cuando se le señala a otros, éstos rara vez lo aprecian. Con todo, creo que es dentro de esta separación donde se ubican los asuntos y sentimientos con los que necesitamos trabajar para poder desarrollarnos.

En el presente artículo, me centraré en dos asuntos de estos –la traición y la venganza– que con frecuencia operan por debajo del conocimiento consciente, alimentando insatisfacciones y conflictos

en relaciones y organizaciones. También me abocaré al perdón y sus implicaciones para la curación individual y colectiva.

Traición

La traición ocurre en un ámbito de confianza. Ocurre porque había confianza, de lo contrario no habría nada que traicionar. Ambos conceptos se dan significado mutuamente. Nos sentimos más traicionados en nuestras relaciones más cercanas, cuando hemos confiado y se ha roto nuestra confianza. En la mayoría de los casos, esto ocurre dentro de matrimonios y familias; pero también nos podemos sentir traicionados por nuestros colegas, nuestras organizaciones y religiones o por la vida en general.

Nacemos con confianza, una confianza básica y pura porque todavía no hemos tenido experiencias que nos enseñen a desconfiar. Esto es lo que el analista jungiano, James Hillman, llamaría confianza primaria. Cuando mi hija tenía dos años, acostumbraba subir algunos escalones, me decía “papá, atrápame” y saltaba. No me decía “¿seguro que me vas a atrapar?” A veces, yo debía reaccionar muy rápido, porque ella brincaba sin tomar en cuenta la posibilidad de que no tuviera tiempo de pescarla. Ahora, tiene ocho años y ya no se lanza con tanta facilidad. Ahora está consciente de la posibilidad de caerse. Lo que le sucede a esta confianza primaria es que siempre hay alguien que nos falle, a todos. De manera metafórica, un día saltamos, no nos alcanzan y nos caemos, lastimándonos. Esto lo experimentamos como una traición. Nos fallan nuestros padres, maestros, amigos o esposos, quienes, por cualquier motivo, nos lastiman o son incapaces de satisfacer nuestras necesidades.

Con frecuencia entablamos una nueva relación o ingresamos a un nuevo empleo con esperanzas y sueños (quizás no articulados, ni siquiera en nuestro interior) de cómo podría ser. Estos “sueños elevados” pueden representar nuestros valores e ideales, así como

nuestras metas, aspiraciones y añoranzas. Nuestros sueños pueden ser muy potentes, inspirándonos con una visión de cómo podría ser la vida, dándonos un propósito por el cual luchar. También pueden mantenernos en situaciones dolorosas en las que nos rehusamos a abandonar una relación o una organización, creyendo que cambiará a pesar de toda la evidencia que indica lo contrario. A menudo nos sentimos traicionados y defraudados cuando nuestras esperanzas y nuestros sueños no se realizan, aunque no siempre estemos perfectamente conscientes de ello. Las desilusiones de nuestros sueños rotos con frecuencia permanecen atrás, alimentando los conflictos más obvios en nuestras relaciones y organizaciones.

Podemos sentirnos traicionados por maestros, dirigentes religiosos, terapeutas, gobiernos, doctores, maestros y hasta por Dios, hasta el punto en el que les entregamos nuestra confianza. Mientras más íntima e importante sea una relación, más intensa puede sentirse la traición. Una organización o comunidad también se puede sentir traicionada por su dirección. Se le ha dado alguna notoriedad en la prensa recientemente a un gurú que predicaba el celibato; pero tuvo relaciones con varias de sus estudiantes. Toda la comunidad se sintió traicionada. Con el tiempo nos damos cuenta de cuán inocentemente entregamos nuestra confianza. Pareciera que nos entregáramos a la experiencia de la traición y, a pesar de todo, respondemos con sorpresa e indignación cuando ocurre. ¿Por qué nos equivocamos al entregar nuestra confianza?

Desde una perspectiva arquetípica, el mito del Jardín del Edén puede decir algo acerca de la traición en nuestras vidas ahora. El Edén representa ese lugar en el que todo es seguro y perfecto. La tierra prometida. Es el lugar de la confianza primaria, donde el niño salta sin preocuparse de que mamá/papá (Dios) pudiera no atraparlo. En el paraíso, el concepto de la confianza no tiene significado, porque sin la posibilidad de traición no hay necesidad de confianza. La caída del Edén puede compararse con el conocimiento de la traición. Una vez que experimentamos la traición, se rompe la confianza

primaria y ya dejamos el paraíso. La traición nos despierta con dolor de nuestra inocencia, enseñándonos acerca del mundo tal cual es, no del todo confiable. No es algo que nos suceda sólo arbitraria e injustamente. Se trata de un paso inevitable y potencialmente valioso en nuestro desarrollo psicológico.

¿Qué nos ocurre desde el punto de vista emocional cuando nos sentimos traicionados? Tras comer del árbol de la sabiduría, nos sentimos vulnerables y expuestos, tomando conciencia de nuestra desnudez y de nuestra fragilidad humana. La traición nos deja con un sentimiento de impotencia, capaz de dañar la autoestima y causar sentimientos de humillación y vergüenza. Estos sentimientos se pueden tornar insoportables y podemos buscar una forma de restaurar nuestra potencialidad y sentido de dignidad. Podemos sentirnos como si se nos arrancara parte de nuestro ser, de nuestra integridad. Empezamos por tomar decisiones (a menudo inconscientemente) acerca de cómo tratar con las traiciones de la vida. Desarrollamos estrategias, patrones de pensamiento y comportamiento para ayudarnos a lidiar con las experiencias dolorosas. Nuestras respuestas a la traición son, de alguna manera, intentos por sentirnos recuperar nuestra fuerza, por sentirnos más íntegros.

Con frecuencia me he preguntado por qué algunas personas parecen estar dañadas por heridas y abusos pasados mientras que otros no sólo dejan detrás de sí sus experiencias dolorosas, sino que además estas experiencias les ayudan a desarrollar su fortaleza y sabiduría interiores. Esta pregunta nos trae a la médula del proceso curativo tanto para individuos como para organizaciones. Estoy convencido de que *la manera en la que respondemos a nuestras traiciones determina nuestros patrones de vida, más que las traiciones mismas*. No podemos cambiar nuestras experiencias pasadas; pero sí podemos cambiar lo que hacemos con esas experiencias. Las decisiones que tomamos nos pueden conducir hacia la integración, la curación y el cambio creativo o pueden mantenernos atorados,

repetiendo experiencias dolorosas. Me parece que las decisiones en cuestión son parte integral de nuestra experiencia de vida, un viaje espiritual enfrentado por cada uno de nosotros a su propia manera.

Veamos dos respuestas fundamentalmente distintas a la traición. Una que llamo “venganza” y otra “perdón”. Cada una implica una definición completamente distinta de poder, potencialidad. Dentro de su propio paradigma, cada sistema de poder tiene perfectamente sentido. El paradigma de la venganza es mucho más común, pero nos mantiene finalmente en el dolor. El del perdón nos permite sanar.

Venganza

En el paradigma de la venganza hay muchas estrategias diferentes para responderle a la traición. En su ensayo clásico acerca de la traición, James Hillman nombra cinco estrategias de este tipo, la venganza, la negación, el cinismo, la traición de uno mismo y la paranoia. En mi propia obra, he notado muchos patrones más, tales como la superioridad moral, la culpa, la negación y el éxito.

La venganza abierta es la definición más comúnmente reconocida de venganza. La ley del Talión de “ojo por ojo y diente por diente” es una de las primeras formas en que intentamos restaurar nuestro honor herido y encontrar “justicia”. Aunque es históricamente popular, este tipo de venganza directa no se suele considerar aceptable en nuestra cultura occidental. De tal manera, se puede llegar a negar este tipo de respuesta, aunque el deseo de desquitarse reaparece de maneras más sutiles.

Una forma de negación es ignorando el daño causado, “no fue tan grave”. Esto tiene un costo, perdemos sensibilidad respecto de nuestro propio sufrimiento. Por otro lado, podemos negar nuestra

entrega emocional en la relación con la otra persona. Si niego la importancia del otro para mí, la traición no contará.

Otros tipos de reacción serían el cinismo o la amargura. Podemos hacer escarnio de nuestra anterior inocencia actuando con dureza y cinismo acerca de nuestros propios sueños. Aparece como una filosofía de la vida endurecida y callejera. La confianza sería inocente, sólo para tontos. Detrás de la rudeza yacen los ideales rotos y la confianza quebrada.

Mientras el cinismo no espera nada mejor del mundo, la paranoia intenta encontrar garantías en contra de cualquier traición futura mediante el control de los otros. Siempre en guardia, la paranoia exige compromisos y lealtad absolutos de los demás y es constantemente sospechosa. Muchas veces, este comportamiento ahuyenta a la gente, lo cual únicamente demuestra lo bien fundado de las sospechas.

La traición de uno mismo es otra alternativa que resulta de socavarnos a nosotros mismos y traicionar aquello que nos es precioso. Es una manera de tornar el coraje y la venganza en contra de nosotros mismos, quizás creyendo que merecemos la traición. Y esto se puede utilizar para castigar a otros, haciéndolos sentirse culpables. Podemos utilizar el fracaso, la incompetencia, la enfermedad o incluso el suicidio como una forma de lidiar con el daño y el coraje.

Otra forma de tratar con el dolor es la consolación de la superioridad moral, “yo soy distinto de ti, y jamás haría lo que has hecho”. Con esto viene una cierta rectitud propia que se adjudica la superioridad moral. El famoso pasaje del Viejo Testamento de “ama a tu prójimo como te amas a ti mismo” hace un doble llamado contra la venganza, utilizando dos palabras hebreas distintas que significan venganza. Una es *kanaout*, que también significa celos y fanatismo. El Talmud explica que si le pides prestada una hacha a tu vecino y

éste te la niega, y al día siguiente viene y te pide a ti un martillo, tú entonces dirás “no me quisiste prestar tu hacha ayer, así que ahora no te presto mi martillo”. Ese es el primer tipo de venganza. Pero si le pides al vecino el hacha y te la niega, y al día siguiente te pide el martillo y le respondes “te voy a prestar mi martillo porque yo no soy un vecino de tu calaña”, ese es el segundo tipo de venganza, el de la superioridad moral.

Otra posibilidad es la de la contención. Se puede utilizar para castigar a alguien rehuyéndole o ignorándolo, repudiándolo. De manera más sutil, y común, nos contenemos, evitando tener demasiado contacto e intimidad. Mantenemos nuestra distancia de los demás para no volver a salir tan lastimados. En un intento por protegernos, nos alejamos y nos cortamos un tanto de la gente y de la vida en general.

“Si hay dolor, debe haber algo o alguien a quien culpar.” Podemos culpar a las circunstancias, los padres, las parejas, el “sistema” o incluso a Dios. La culpa le da sentido al dolor que de otro modo parecería arbitrario. Alguien debe ser el responsable por los desengaños de la vida. Esta estrategia nos puede mantener echándole la responsabilidad a acontecimientos pasados y a otras personas mientras vivimos con resentimientos o añoranzas. En organizaciones, se puede ahogar la creatividad, llevando a buscar chivos expiatorios.

El éxito a menudo se convierte en logros, “ya verán, tendré más éxito que ellos, obtendré mayor poder y no seré vulnerable”. Un viejo proverbio dice que la mejor venganza es vivir bien.

Las estrategias que usamos para lidiar con los sentimientos de traición no se limitan, por supuesto, a los anteriores. La mayoría de nosotros nos servimos de alguna combinación de estrategias, aunque es posible que alguna sobresalga. Las hemos aprendido para protegernos o para ayudarnos a lidiar con nuestros dolores. Con

todo, continuar recurriendo a ellas como nuestra postura primera hacia la vida inhibe la creatividad y nuestra capacidad para funcionar adecuadamente en relaciones personales y profesionales. Nuestras estrategias pueden ser un modo de vida en reacción a injurias pasadas, convirtiéndose sutilmente en una especie de venganza.

Cuando empecé a pensar en la venganza en estos términos, cambié mi manera de entender el término. Anteriormente, había pensado que la venganza era principalmente la venganza abierta. Pero a como veo la manera en que se ha presentado en conflictos entre gente con la que trabajaba y en mi propia vida, empecé a verla como un móvil de interacciones comunes que no son ni violentas ni extremas. Empecé a notar cuán a menudo yo mismo quería decir o hacer algo que era sutilmente dañino cuando me sentía despreciado o rebajado. En ocasiones dejé de hacer algo, conteniendo algo bueno o evitando darle una oportunidad a alguien por orgullo. No se trata de formas groseras de venganza como blear a alguien, sino de las mini venganzas que experimentamos a diario con familiares, amigos y colegas. Este tipo de venganza viene en muchas formas sutiles, en ocasiones inconscientes.

Psicológicamente, la venganza es significativa. Cuando nos sentimos traicionados, percibimos una pérdida de potencialidad, de dignidad. La venganza es un intento por recuperar esa potencialidad mediante una agresión o una manipulación. Mediante las represalias, restauramos nuestra dignidad y creencia en la justicia, por arbitraria que sea. Dentro de su propio sistema lógico, la venganza puede funcionar. Venga injusticias y actúa como un determinante, mientras nos hace sentir más fuertes. La venganza puede lograr esto; pero sólo a corto plazo. El precio de la venganza es elevado.

El problema con la venganza abierta, la del “ojo por ojo”, es que no nos desquitamos. Genera más sentimientos de impotencia y honor herido y, con ello, la necesidad de más represalias, acumulándose

unas tras otras. La venganza también puede ser colectiva. Si lastimas a mi familia, amigos o, yendo más lejos, a alguien de mi grupo, nación o raza, tal vez sienta deseos de venganza. El asunto se convierte en algo de “nosotros” contra “ellos”. Mediante la identificación con el grupo, cada vez que se lastima a uno, muchos buscan responder, como en las guerras, las revueltas o los combates. Como correctamente señaló Gandhi, el “ojo por ojo” no hace más que dejar a todo el mundo ciego. Aunque el precio que pagamos por este tipo de venganza es inmenso, también es obvio.

El precio que pagamos por formas más sutiles de venganza, tales como la negación o la contención, puede ser más difícil de demostrar; pero también es altamente destructivo de nosotros mismos y de los demás. En lugar de intentar recuperar fortaleza mediante la venganza directa, tratamos de obtenerla de una manera más soterrada. Con todo, las estrategias mismas que adoptamos para volvernos a sentir potentes, o al menos con mayor control de la situación, puede impedirnos sanar. Estas estrategias pueden protegernos contra nuestra sensación de impotencia, vulnerabilidad, vergüenza, aflicción y pérdida. Pero al mismo tiempo nos impiden vivir nuestro potencial y estar en contacto con nosotros mismos y con los demás. Terminamos actuando en contra de nuestros propios intereses, negando la vida. Algunos de estos costos incluyen una incapacidad para responsabilizarnos por nuestras propias vidas, sintiendo que se nos debe algo, con adicciones, problemas de salud física y mental, y problemas crónicos para relacionarnos con otros.

Con frecuencia la venganza es inconsciente. Permanece en las sombras y se suele negar como causa porque es tabú en nuestra cultura. Es mucho más aceptable desde el punto de vista social aparentar que nos estamos defendiendo o que buscamos justicia que estar tomando venganza. De tal forma, a menudo disfrazamos los sentimientos de venganza y los escondemos hasta de nosotros mismos, aunque los realicemos sin que sean obvios. La venganza no reconocida es más difícil de frenar. Si no estamos conscientes de

nuestra inclinación a la venganza, perdemos la capacidad de optar por cualquier otra posibilidad.

Claramente, el paradigma de la venganza no funciona muy bien. ¿Qué alternativa existe para lidiar con nuestras heridas y restaurar nuestras potencialidades y nuestros sentimientos de dignidad? ¿Cómo podemos liberarnos del dolor asociado con el sentimiento de traición?

Perdón

Una dificultad en la exploración del perdón es que carecemos de modelos laicos para ello y mucha gente está cansada de los modelos religiosos. Las enseñanzas del cristianismo, judaísmo, budismo, los doce pasos de Alcohólicos Anónimos y Curso de Milagros, todos ofrecen modelos espirituales de perdón. Lo que tienen en común es que permiten realizar cosas mediante la aceptación, compasión y autoridad interior. Son paradigmas de potencialidad totalmente distintos del de la venganza.

De lo que se trata con el perdón es de abandonar nuestro apego emocional a injurias pasadas y a los patrones y recompensas que los acompañan. No se trata ni de condonar ni de olvidar, sino de comprender. Quizás sea la única alternativa que no es autodestructiva. Una cosa es reconocer la necesidad del perdón y otra es realmente dejar pasar. Este abandono del apego emocional puede parecer algo imposible de lograr, aun cuando lo deseamos.

El perdón es un acto liberador constante que conduce a sanar. Ofrecer perdón puede parecer santurrón, ubicando al que lo otorga en una posición moralmente superior, ya que tiene la capacidad de perdonar o no. Pero la curación no es un teatro de potencialidad, y sólo ocurre cuando nos desistimos de él. A menos que trabajemos conscientemente nuestros patrones de venganza, existirá un peligro de perdón prematuro que en realidad no es liberador. Alguien me

dijo –en varias ocasiones– haber perdonado completamente a sus padres, pero el perdón auténtico no se puede fingir.

El perdón viene cuando nos reconciamos con los acontecimientos que nos dañaron y abandonamos los patrones de vida en reacción a dichos sucesos. No siempre es posible reconciliarse con la otra persona o gente en cuestión, aunque esto pueda sanar relaciones. De lo que se trata es de hacer las paces dentro de uno mismo con lo sucedido. Es un proceso muy individual. Mientras que puede haber venganza tanto a nivel individual como colectivo, el perdón es solitario. Podemos tener sentimientos de venganza en nombre de otros, pero no podemos perdonar por ellos. Cuando un grupo o comunidad emprende este viaje en conjunto, tal vez puedan llegar a la curación colectiva.

Aunque no existen fórmulas maquinales para abandonar esos sentimientos, me he dado cuenta de que sí hay varios sobreentendidos que pueden ayudar en el proceso: una voluntad de abandonar las ventajas secundarias que provienen de mantenerse aferrado, una voluntad de entender a quienes nos traicionaron, explorando las partes de nosotros mismos que también son capaces de traicionar, y una voluntad de entender el arquetipo de la traición en un contexto más amplio que desde el de nuestro propio sufrimiento individual, pero también como parte necesaria de la maduración psicológica, llevándonos de la confianza inocente a la confianza sobria.

Antes de abandonar el resquemor, necesitamos aceptar nuestros sentimientos de coraje y venganza. Después de todo, nuestros patrones nos han ayudado a andar por la vida cuando sentimos que nos han hecho algún mal o daño. Si nos funcionan nuestros patrones de venganza, puede resultarnos difícil renunciar a ellos. Dejar la venganza puede parecer muy poco atractivo porque ésta puede ser nuestra manera más familiar de seguir adelante o satisfacer nuestras

necesidades. Hasta se podría percibirse como una traición a uno mismo.

Quizás nuestros patrones nos ofrezcan la ventaja de controlar a los demás, obtener apoyo, intimidad, un sentido de comunidad y de potencialidad. Tal vez nos de miedo soltar viejas dolencias si pensamos que, junto con ellas, debemos deshacernos de las ventajas.

Por ejemplo, participé en una conferencia en la que se trataron asuntos como el racismo, el sexismo, el antisemitismo, la homofobia y el clasismo en un grupo amplio. Me di cuenta de cuán incómodos nos sentíamos, incluso yo, cuando se nos identificaba con la posición superior. Si se nos relacionaba con la inferior, con la minoría oprimida, podíamos tomar la posición moral superior con un cierto sentido de rectitud. Cuando vino el problema del sexismo, las mujeres les dijeron a los hombres cómo un sistema patriarcal las ha oprimido a ellas, en tanto que mujeres. Al día siguiente, cuando la gente de color desafiaba a los blancos por la opresión del racismo, las mismas blancas del día anterior tuvieron dificultades para identificarse como parte del grupo opresor. En este nuevo contexto, ya no eran las oprimidas. Durante la conferencia, los sectores de los que se ha abusado históricamente tuvieron la palabra más tiempo y gozaron de mayor atención y compasión. En mi calidad de hombre blanco, me sentí incómodo en el grupo más identificado con los opresores. Sentí un alivio temporal cuando le tocó el turno el tema del antisemitismo. Entonces me puse de pie con los otros judíos mientras confrontamos a los gentiles acerca de cómo nos han maltratado históricamente. La superioridad moral suele estar del lado de los oprimidos, no de los opresores; de los traicionados, no de los traidores. Empecé a entender la fuerza de ser uno de las víctimas del daño, y cómo se puede utilizar esto para aferrarse al poder que te otorga.

Soltarse significa abandonar la posición de superioridad moral proveniente de identificarnos únicamente como la persona

traicionada y al otro sólo con el traidor. Significa abandonar las ventajas ligadas a estar en el peldaño inferior, en la posición de víctima, y la certidumbre de ser el único moralmente bueno. El *Curso de Milagros* plantea una pregunta, “**¿Prefieres estar en lo cierto o ser feliz?**” Para muchos de nosotros se trata de una disyuntiva difícil de zanjar.

Hasta aquí, me he ocupado de la traición desde el punto de vista del traicionado. La mayoría de nosotros nos identificamos tanto con sentirnos traicionados que rara vez nos ponemos en los zapatos del traidor. En talleres y conferencias acerca de la traición, pregunto a cuántos en el auditorio los han traicionado, y todos levantan la mano. Cuando pregunto cuántos han traicionado a otros, veo muy pocos brazos en alto. Si la traición es una experiencia arquetípica que nos afecta a todos, entonces quién es el que está traicionándonos a tanta gente? Todos. Y no se debe a una intención maléfica, sino a que no podemos evitar desilusionar o lastimar a otros, lo que ellos pueden vivir como una traición.

Si pensamos en cómo podemos haber traicionado a otros, sus ideales y sus sueños, entonces desde ese punto aventajado, la traición se ve muy distinta. **¿Acaso podemos garantizar que nunca traicionaremos a nadie?** Yo no. Incluso con la mejor de las intenciones, alguna vez terminamos en el papel del traidor. Somos incapaces de evitarlo, y no por albergar intenciones malévolas, sino porque nuestras diferencias y limitaciones a veces son más fuertes que nuestro deseo por no lastimar a los demás. Entender esto puede ayudarnos a poner en perspectiva nuestro sentimiento de haber sido traicionados y a no tomarlo tan a pecho. El “traidor” no sólo se encuentra en los demás, sino también en nosotros mismos. Esto puede ser difícil de aceptar, pero creo que tenemos más similitudes que diferencias con aquellos que nos han traicionado. Todos somos traidores, así sea inconscientemente.

Cuando lastimamos a los demás, la mayoría de las veces lo hacemos por algún tipo de confusión, aflicción o dolor por el que estamos pasando. Reconocer nuestra propia capacidad para traicionar nos facilita ver a la gente que nos ha traicionado como humanos igual que nosotros. Parte del viaje del perdón consiste en reconocer que quien nos ha traicionado estaba expresando un aspecto de su aflicción y dolor. Nuestra compasión tanto hacia nosotros mismos como hacia los demás nos ayuda a dejar pasar las cosas.

La traición es un arquetipo tan prevaleciente en nuestra mitología que es necesario ver su significado más allá que una simple causa de sufrimiento personal. Si podemos ver la traición como a una maestra, entonces podemos empezar a comprender la utilidad de sus lecciones tan difíciles. De lo contrario, corremos más riesgos ya sea de volver a pasar por sus dolorosos cursos, ya de permanecer atorados en alguna de nuestras estrategias de venganza. Entonces, ¿que se puede aprender de ella? La experiencia de la traición es parte de nuestro desarrollo psicológico, algo que no escogemos conscientemente, aunque es esencial para nuestra comprensión de la vida. Si podemos evitar los escollos de la venganza, entonces podremos ver la traición como un despertar a la conciencia, una iniciación a nuestra fuerza, sabiduría y madurez interiores.

Esta iniciación significa adaptarse al mundo tal como es. Mucha gente desea que el mundo fuera totalmente seguro y que se pudiera confiar absolutamente y se tuviera garantizado que todo saliera bien invariablemente. Pero se trata de deseos inocentes, de una añoranza del paraíso. Y es imposible retornar al jardín del Edén y, de hecho, desearlo nos expone a nuevas experiencias de traición y desengaño. La confianza primaria es una confianza inocentona.

A diferencia de esto, la confianza sobria es la capacidad para ver y evaluar de manera realista a un individuo o una situación. ¿Hasta qué punto es seguro? ¿Qué tan realistas son mis expectativas de una relación? La sobriedad significa reconocer el mundo tal cual es, y no

de acuerdo con nuestro sueño de cómo “debería” ser. La gente es capaz de practicar tanto el amor como la traición. La vida no es completamente confiable. No llega con garantías. Las fuerzas de la vida son más vigorosas que nuestro deseo de que sea segura, que nuestra habilidad para evitar la traición.

Esto me trae a una historia emotiva de Flora Kalman acerca de la liberación del campo de concentración de Bergen-Belsen. Sobrevivió a la fábrica de la muerte y estaba en un estado de choque y entumecimiento tras la llegada del ejército británico a liberar el campo. Describe el día en el que observaba a sus antiguos captores, los guardias del SS, a quienes les había llegado el turno de ser prisioneros, obligados a realizar la triste labor de limpiar de cadáveres el sitio. Ese día, Flora los observó sin sentir nada. Era incapaz de sentir ni la tristeza de la tragedia ni el alivio de saberla terminada y ni siquiera la luz del sol sobre su cara. Entonces, mientras observaba a un guardia, entendió que su mundo acababa de dar una vuelta completa y, repentinamente, experimentó un sentimiento de compasión por los soldados. Se estremeció. ¿Cómo podía sentir algo por los asesinos de su familia? Después se dio cuenta de que sus sentimientos no eran desleales. Este despertar fue su victoria personal. Su espíritu no estaba roto. Incluso en este infierno, podía sentir compasión, aun de un alemán. Así, de repente, empezó a sentir el sol en su cara y a oír el trinar de los pájaros. Volvió a sentirse viva, formando parte de la especie humana. La compasión permite sanar.

Hace poco tuve un problema con un amigo; me sentí muy dolido y enojado. A como fuí pasando por las múltiples etapas de culpa y luego vergüenza, de súbito se me ocurrió que en realidad no había nada que perdonar. Quizás en eso consista el perdón. Aceptar las situaciones tal como son y a la gente tal cual es, sin tener que luchar ni ser víctima ni necesitar que todo sea diferente. Y allí es donde está la curación. Este modelo para desarrollar las potencialidades es muy distinto del que ofrece la venganza, porque no tiene nada que

ver con desquitarse o ser superior. Tiene que ver con hacer las paces con uno mismo.

Si nuestra mitología nos enseña algo acerca de la traición, es que la traición es una iniciación, un paso necesario en nuestro crecimiento, que nos saca de un estado inocente e inconsciente de confianza primaria, despertándonos dolorosamente a una conciencia mayor. Si podemos evitar los escollos de la venganza que niegan la vida y nos mantienen atados a nuestras heridas, podemos perdonar, lo cual contrae madurez, sabiduría y compasión. Si no hubiera traición, no podríamos experimentar ni la confianza ni el perdón. La conciencia que viene con el perdón nos trae a una aceptación del mundo tal cual es, y constituye un paso importante en el desarrollo de la capacidad de ser realmente eficaces en nuestras vidas personales y en el mundo.



Ben Fuchs es maestro, psicoterapeuta, especialista en capacitación y asesor administrativo.

Nota: El autor le extiende su reconocimiento a Robin Shohet, cuyas contribuciones hicieron posible la aparición del presente artículo.

Jesús Piña

*Constelador Familiar
y Emprendedor Digital*



Mi misión:

Ofrecerte soluciones para mejorar tu vida a través de las Constelaciones Familiares y así te conviertas en luz para el mundo.

Experiencia desde 1998

Escríbeme a: jcpina9@hotmail.com

¡Y con gusto te respondo!

¡Eres luz para el mundo!